

APUNTES NECROLÓGICOS

UN DISTINGUIDO PINTOR DONOSTIARRA

Luis Brochetón¹

Nació en San Sebastián de Guipúzcoa, hijo de D. Luis Brochetón y de D.^a Francisca Muguruza

Joven, de exterior agradable, inteligente, la vida le sonreía, el mundo le era grato, participaba de sus encantos, y en los sueños que nacen en el secreto de lo porvenir había confiado en una felicidad duradera.

Esas dulcísimas y apasionadas ilusiones, que pocas veces siente el hombre que no es poeta ó artista, halagaban su espíritu, y su alma gozaba de la noble vida que como un privilegio puede gozar tan solo el corazón que siente.

Feliz y confiado recorría el tránsito de esta vida esperando llegar á ese punto final que el hombre se propone en sus más cariñosas ilusiones, y el cual se aleja á medida que el tiempo avanza para no alcanzar jamás el término de sus deseos.

Hoy ese lozano vástago del árbol de la humanidad, esa esperanza alentada por el soplo de la vida física, desaparece como un relámpago del seno de la sociedad, dejando un melancólico recuerdo en el corazón de los amigos que le sobreviven.

(1) En la magnífica obra *El arte en España* que se publicó en Madrid por los años 1862-63, hallamos el siguiente artículo.

Podemos, pues, contar entre nosotros con un artista menos, porque Luis Brochetón ha muerto.

Simpático en el trato, consecuente en la amistad, recto y noble en el pensamiento, entendido sin presunción, modesto sin humildad, reunía el conjunto de cualidades que constituyen la fisonomía del hombre bueno y digno, del hombre que se eleva en nuestra sociedad no por el azar de la fortuna, sino por las prendas morales que constituyen su carácter.

¡Misteriosa compensación que designa el destino del hombre humilde para colocarle por el camino de la virtud y del saber á la altura más preciada; á la altura de la gloria!

Luis Brochetón tenía treinta y siete años cuando bajó al sepulcro, era pintor, discípulo de D. Antonio Gomez y de la Academia de San Ferriando; deja muchos y bellísimos retratos; entre otros citaremos los de los Sres Olivan, Mac-Crohom y Mendoza Cortina.

Había hecho dos viajes al extranjero, pero su buen sentido le hizo renunciar á la costumbre que casi todos los demás artistas han seguido de estudiar en el mismo, copiando autores extraños de relevante mérito, pero cuyo genio no se halla en armonía con el nuestro, ni se presta por tanto á ser imitado con ventaja; de este modo pudo conservar el suyo espontáneo, original y no mortificado por la imitación.

Sus obras se distinguen por la corrección perfecta del dibujo, por la verdad del colorido y la armonía de la entonación, sin imitar, como dejamos dicho, escuela alguna; cuando se miran sus retratos, se recuerda algo, sin embargo, de los de los grandes maestros Velazquez y Van Dyck.

En sus últimos días se preparaba para darse á conocer tal vez como grande artista; los lindos bocetos que al efecto empezó á ejecutar, indican sobradamente las grandes cualidades del autor y las esperanzas que podían fundarse en su genio sobresaliente y delicado.

Pero el secreto destino tenía dispuesto otra cosa; escrito estaba que cuando había vencido los difíciles obstáculos que se oponen al desarrollo de las mejores inteligencias, cuando su talento educado en el arte había llegado á dominarle, cuando sin duda alguna el aplauso, el provecho, la gloria, iban á coronar su joven frente, la muerte le sorprende y arrebató.

¡Fresca y temprana flor desprendida del tallo de la vida por el furor de los huracanes!

La enfermedad que cortó sus días fué una pulmonía catarral adquirida al acompañar a la última morada los restos mortales de uno de sus maestros, el pintor Gomez.

Cuando cumplía con ese triste deber que impone la amistad, cuando conmovido por la pérdida del maestro y del amigo arrojaba sobre su tumba un puñado de tierra, ignoraba que doce días después habían de encontrarse sus espíritus en el cielo.

Desde los primeros momentos del mal comprendió su gravedad, y se dispuso con ánimo sereno y tranquilo á pasar cristianamente del tránsito de esta fugaz é insegura vida á la eterna. Dios habrá recibido con agrado el espíritu que le animaba; y al desaparecer de sobre la tierra uno de sus más admirables adornos, cual es el hombre bueno y útil, aumenta el cielo un alma más que rogara por los hermanos que quedan en la amarga tierra.

En sus obras deja á la posteridad la huella de una vida laboriosa; singular distinción que sólo puede alcanzar la inteligencia.

En sus virtudes un ejemplo de provechosa imitación.

Y en su bondad un recuerdo, precedero sí, pero que sólo podrá olvidarse con la muerte.

Sera por tanto la pérdida de Luis Brochetón sentida por cuantos le conocían, y no faltará alguna lágrima que riegue su sepulcro, ni una mano amiga que renueve las flores marchitas de su tumba.

CANCIO VILLAAMIL.